

cien mil hombres. Choiseul facilitó algún dinero y envió agentes que habían de ayudar á los confederados con sus consejos; uno de ellos, Dumouriez, al pasar por Baviera en 1770, compró al Elector veintidós mil fusiles para los polacos, pero encontró el ejército polaco en el mayor desorden, menos numeroso de lo que se había creído, diez y siete mil hombres en vez de cuarenta mil, y mandado por jefes que malgastaban el tiempo en fiestas.

Tal era el estado de las cosas en Polonia y en Turquía cuando d'Aiguillon se encargó de los Negocios extranjeros. Todo estaba comprometido y el nuevo ministro, hombre de escasos recursos, «sin miras y sin nervios,» no era capaz de remontar la corriente; por otra parte, no tenía medio alguno para obrar, ni siquiera subsidios que distribuir en la proporción que habría sido precisa. La diplomacia francesa estaba en plena confusión. El rey continuaba siendo partidario de la alianza austriaca y practicando una política personal por medio de los agentes de su «secreto.» En Varsovia no había embajador de Francia desde que había sido insultado, cuando la elección de Poniatowski, el marqués de Paulmy que entonces desempeñaba aquel cargo; y en Viena la embajada francesa estuvo vacante desde mayo de 1770 á enero de 1772, en que fué enviado á Austria el príncipe Luis de Rohán. El rey no estaba enterado de los asuntos de Oriente más que por sus agentes privados, y d'Aiguillon, así que entró en el ministerio, adoptó contra éstos medidas violentas, desterrando al conde de Broglie á Ruffec y encerrando á Dumouriez y á Favier en la Bastilla, sin que el rey hiciera nada por salvar á esos servidores personales. No por esto, sin embargo, mejoraron las cosas, pues el propio d'Aiguillon empleó agentes secretos y practicó una política personal que ocultaba á sus embajadores; además, otros ministros se metían á tontas y á locas en asuntos diplomáticos, de suerte que reinaba en esta materia la más absoluta anarquía.

En tanto, precipitábanse en Polonia los acontecimientos: los confederados fueron derrotados por Suwarof en 1771; Poniatowski fué depuesto por los polacos y el trono declarado vacante, lo que aumentó el desorden, y por último pactóse la coalición entre Austria, Prusia y Rusia.

Austria, alarmada por el progreso de los rusos en Turquía, firmó en julio de 1771 con el sultán un tratado de alianza defensiva, y gracias á su mediación hizo suspender la guerra durante dos años. El rey de Prusia, temeroso entonces de una guerra austro-rusa, en la que él, como aliado de Rusia podría verse implicado, pensó en desviar la atención de ambas potencias hacia Polonia, ofreciendo allí á Rusia una compensación por su renuncia á las conquistas en Turquía, y en hacer que María Teresa aceptase la idea del reparto.

D'Aiguillon, advertido de lo que ocurría por el rey de Suecia, pero sin saber nada á punto fijo, trató de impedir el reparto aproximándose á Prusia, creído de que podría reavivar las desconfianzas de Federico respecto de María Teresa, y en el otoño de 1771 tuvo algunas entrevistas con el encargado de negocios de Prusia en Francia. Para ocultar estas negociaciones á la corte de Viena, d'Aiguillon agobiaba á Mercy con protestas de adhesión; pero Mercy le hizo confesar su tentativa de aproximación á Federico y se escudó en el do-

ble juego de Francia para disculpar su propia doblez. Y habiéndole d'Aiguillon manifestado cierta inquietud, á principios de 1772, Mercy protestó de la pureza de intenciones de Austria, mientras, por otra parte, el enviado de Prusia afirmaba el desinterés de su soberano. Uno y otro se burlaron de Francia y al fin supo d'Aiguillon que, en 15 de enero de 1772, Rusia y Prusia habían firmado un tratado para el reparto de Polonia y que en 19 de febrero siguiente habíase unido á ellas Austria. En efecto, María Teresa habíase decidido; es verdad que había sentido escrúpulos, no comprendiendo, según decía, «una política que permite que en el caso en que dos se aprovechan de su superioridad para oprimir á un inocente, el tercero pueda y deba imitarles y cometer la misma injusticia;» pero, una vez resignada, deseó para sí la porción mayor y Federico admiró «su buen apetito.»

Cop objeto de que el gobierno francés permaneciese hasta el final en la incertidumbre, el embajador austriaco había hecho representar á la delфина un singular papel, induciéndola á mostrarse menos hostil á D'Aiguillon, quien, de resultas, habíase hecho menos desconfiado con respecto á Austria, y hasta á aproximarse á la señora Du Barry para complacer al rey y granjearse su voluntad, y efectivamente María Antonieta, á pesar de su repulsión, dirigió algunas frases triviales á la favorita.

En 20 de abril de 1772, Kaunitz invitó á Mercy á comunicar al gobierno francés la noticia del tratado de partición. María Teresa estaba inquieta y así lo daba á entender cuando escribía:

«Si todavía estuviese en el poder el duque de Choiseul, querría sin duda aprovecharse de la ocasión de arrebataros alguna parte de los Países Bajos, en donde no estaríamos en condiciones de oponer la más pequeña resistencia.»

Esto, no obstante, indicaba las razones que debían hacerse valer para justificar á Austria cerca de Francia, razones que fueron expuestas por Mercy:

«Podría—decía la emperatriz—decirse á Francia:

»Que ella es la primera causa de todos los actuales acontecimientos, gracias á sus gestiones para excitar á la Puerta á declarar la guerra á Rusia...; que no se ha preocupado de las molestias, gastos y peligros que necesariamente ha de ocasionarnos una guerra encendida en nuestra vecindad...; que nosotros, al ver el peligro que con el triunfo de Rusia y su unión íntima con el rey de Prusia nos amenazaba sin que pudiéramos esperar eficaz socorro de parte alguna, hemos tenido que proveer solos á los medios de librarnos de él...; que habría sido exponernos á sabiendas á nuestra propia ruina el emprender una guerra difícil contra Rusia y atraernos con ella un ataque cierto de parte de Prusia...; que después de haber el ministerio francés... realizado, sin participación nuestra, la adquisición importante de Córcega y del condado de Aviñón...; habría motivo para sorprenderse si, no habiendo encontrado de nuestra parte obstáculo ni censura en aquellas ocasiones, se creyese autorizado para portarse de distinto modo con nosotros en las presentes circunstancias.»

La comunicación de Mercy no causó, al parecer, gran impresión al indiferente Luis XV, puesto que en 15 de junio el embajador escribe á la emperatriz que el Rey

Cristianísimo mira los sucesos de Polonia «con un ojo de equidad y de moderación» que puede tranquilizar á Austria respecto de la estabilidad «de sus sentimientos y de su adhesión á la Alianza...»

El tratado de partición adjudicaba á Austria la Rusia roja, es decir, la porción mayor; á Prusia, la Prusia po-

Turquía quedaba expuesta á las ambiciones de la política rusa y podía admitirse la hipótesis de la partición de su imperio.

La política francesa encontró siquiera en Suecia el consuelo de un triunfo. Aquella nación estaba amenazada, como Polonia, por Prusia, la cual quería arreba-



Gustavo III de Suecia. Copia de un cuadro de Nicolás Lafrensen (1737-1807) grabado por C. S. Gaucher

laca, menos Danzig y Thorn; y á Rusia, la Lituania al Este del Duna. En 1773, la Dieta, cercada por las tropas de las tres potencias coparticipes, se sometió á las condiciones del tratado.

En 1773 reanudóse la guerra entre Rusia y Turquía, y habiendo el ejército ruso pasado á la orilla derecha del Danubio y amenazado Constantinopla, el sultán firmó, en julio de 1774, el tratado de Kainardji por el cual otorgaba á Rusia el derecho de libre navegación por el mar Negro, la libertad de pasar el Bósforo y la protección de los cristianos ortodoxos en toda Turquía, y le cedía Azof y Taganrog. De este modo, también

tar á los suecos la parte que aún conservaban de la Pomerania, y por Rusia que codiciaba la Finlandia. En el tratado de 1764, Federico II y Catalina habían pactado en cuanto á Suecia al mismo tiempo que en cuanto á Polonia, y en 1769 se habían prometido obrar por la fuerza en el caso de que se intentara cambiar la constitución.

El poder correspondía, en Suecia, á la Dieta, compuesta de cuatro órdenes, nobleza, clero, ciudadanos y campesinos, y á un Senado de diez y seis miembros elegidos entre la nobleza; el rey no tenía más prerrogativa que un doble voto en el Senado y el voto preponde-

rante en caso de empate. La nación hallábase dividida en dos partidos, el de los «Sombrosos» que quería aumentar el poder del Senado y del rey, y el de los «Gorros» que defendía la omnipotencia de la Dieta y las libertades públicas; y los Estados extranjeros intervenían en esta contienda, Rusia y Prusia apoyando a los Gorros y Francia a los Sombrosos.

Cuando murió el rey de Suecia, Adolfo Federico, en 12 de febrero de 1771, su hijo Gustavo III se hallaba en París; contaba entonces veinticinco años y, enamorado de la gloria y de las acciones bellas, era el ídolo de los salones, en donde dejó hermosas amigas que con él se correspondieron, como las condesas de Egmont, de Boufflers y de La Marck. Había sabido agradar a la vez a Luis XV, a la señora du Barry, a d'Aiguillon, a los Choiseul y a los Filósofos. Para remontar su poder en Suecia pidió y obtuvo subsidios y además se le dió un consejero perspicaz, el ex embajador en Turquía, Vergennes. Éste tenía la misión de estrechar la alianza franco-sueca, de fortalecer el partido francés en la Dieta y de trabajar para lograr un acuerdo entre Suecia y Dinamarca. Nueve meses de esfuerzos y un gasto de dos millones no dieron resultado alguno. «Espero temblando—escribía Gustavo III—el momento en que las potencias vecinas querrán aprovecharse de nuestros disturbios para sojuzgarnos.»

Sin embargo, Vergennes, obedeciendo a las instrucciones de su ministro y a las del Secreto del rey, que en este punto estaban acordes, aconsejaba medios dilatorios y recomendaba prudencia; pero Luis XV y d'Aiguillon, a espaldas de Vergennes, que no se enteró de ello hasta febrero de 1772, seis meses antes de la crisis, aconsejaron a Gustavo III un golpe de Estado, que se realizó en los días 19, 20 y 21 de agosto. La Dieta primero y el Senado después aceptaron y juraron respetar una nueva Constitución, por la cual el rey, «único responsable ante Dios y ante la patria», nombraba los senadores y tenía el derecho de convocar y disolver la Dieta; el Senado sólo deliberaba a título consultivo sobre los asuntos que el rey le sometía, y la Dieta no podía, sin el consentimiento del rey, ni abrogar las leyes existentes ni hacer otras nuevas.

La zarina y Federico escribieron a Gustavo cartas amenazadoras; rusos y prusianos se pusieron sobre las armas, y se redactó un proyecto de tratado de alianza entre Gustavo III y Luis XV por el cual Francia ponía a disposición de Suecia doce mil hombres de infantería, artillería y una escuadra. Gracias a Vergennes, Dinamarca, que, sugestionada por Rusia había tomado una amenazadora actitud, se reconcilió con Suecia a fines de 1772. D'Aiguillon consiguió de los ingleses la seguridad de que permanecerían neutrales, y la zarina, ocupada en Polonia y en Turquía, aceptó el hecho consumado.

Mientras esos sucesos acontecían en el Norte y en el Este, Francia y España estrechaban su alianza con la acción común contra los jesuitas y se ponían cada vez más de acuerdo sobre la política que debían seguir respecto de Inglaterra, esperando un próximo desquite. Hombres de Estado, diplomáticos y publicistas afirmaban que Inglaterra estaba en decadencia; que las marinas reunidas de Francia y de España podían vencerla; que se hallaba desmoralizada por su régimen parlamentario

y desgarrada por las facciones; que Escocia, Irlanda y los colonos de América la detestaban; y que el Estado inglés, «como Polonia», podría disolverse al primer choque. Carlos III y su ministro Grimaldi estaban convencidos de que la alianza francesa les permitiría recuperar Menorca, Gibraltar, la Jamaica y la Florida; y el sucesor de Fuentes en la embajada de España en Francia, el conde de Aranda, llegado a París en septiembre de 1773, llevaba la misión de añadir a esos proyectos un plan de anexión de Portugal.

Dada en 1773 por la ciudad de Boston la señal de la rebelión contra los ingleses, España y Francia siguieron los acontecimientos de América con atención apasionada. Los gabinetes de Versalles y de Londres continuaban en relaciones corteses, pero Francia enviaba misiones secretas a América para observar los progresos de la revolución y se apercebía a entrar en tratos con los demagogos ingleses, especialmente con Wilkes. Los agentes secretos de Luis XV escribían, desde hacía muchos años, memorias sobre la eventualidad de una ruptura con Inglaterra y los departamentos de Negocios Extranjeros, de Marina y de Guerra preparaban secretamente los planes que, en tiempo de Luis XVI, determinaron la intervención en la guerra de la Independencia.

Mientras se esperaba que la monarquía francesa tomara ese desquite, el descrédito de la realeza había llegado a su colmo. No se tenían en consideración en cuanto a ella, los grandes cambios sobrevenidos en Europa, el advenimiento de nuevas potencias, Rusia y Prusia, ni la decadencia profunda de Polonia y Turquía, cosas que el gobierno de Francia no podía impedir; y únicamente se veía que el antiguo sistema de las alianzas orientales estaba destruido y se hacía recaer toda la cólera sobre la alianza con Austria que había dificultado toda la política oriental de Francia y que fué efectivamente un engaño. En resumidas cuentas, Francia había perdido su consideración en el Levante; su influencia sobre los Estados secundarios de Alemania no existía ya, pues estos Estados hallábanse en lo sucesivo a la merced de Austria y de Prusia, y, como escribía un funcionario de los Negocios Extranjeros, habíase formado «en todas las naciones la opinión de que Francia carecía de fuerza y de recursos, y la envidia que hasta entonces había sido el móvil de la política de todas las cortes respecto de Francia, degeneró en menosprecio. El gabinete de Versalles no tenía autoridad ni influencia en ninguna corte y en vez de ser, como en otro tiempo, el centro de todas las grandes cuestiones, fué el pacífico espectador de las mismas; ya no se tenían para nada en cuenta ni su voto ni su desaprobación.»

Pues bien, Francia, apasionada como estaba por la gloria y que habría disculpado muchas faltas del gobierno interior, no perdonó aquella humillación al rey ni a los triunviros.

III. — La hacienda; la anarquía en el ministerio (1)

El desorden y la penuria de la hacienda, agotada por la guerra, por la diplomacia, por las prodigalidades del

(1) FUENTES: Mouffe d'Angerville (t. IV), *Rapports des agents diplomatiques étrangers*, Augéard, Besenval (t. I), des Cars (t. I), Grimm (t. X), Hardy (t. II), *Correspondance de Mercy*

rey, por los gastos de la corte y por la mala administración, causaron más daño todavía a la monarquía que la cuestión parlamentaria y la mala política extranjera.

El contralor general Terray había sido consejero del Parlamento y encargado, durante algunos años, de las representaciones en materia de hacienda, así es que conocía mejor que nadie el departamento en que entraba. Dotado de recto juicio y de inteligencia rápida, tomaba en toda cuestión el punto esencial; daba gusto oírle hablar de las materias más difíciles y habría hecho comprender a un niño de seis años «el cálculo diferencial é integral.» La situación de la hacienda, los ingresos y los gastos, la deuda y los medios de extinguirla eran cosas que, explicadas por él, parecían sencillas como «una cuenta de lavandera.» Hombre de autoridad, los derechos individuales nada significaban para él al lado de los del Estado; la fortuna de cada individuo no era más que una parcela de la fortuna pública. De aspecto duro, que casi daba miedo, hacía tan poco caso de los hombres que el odio y los insultos le dejaban indiferente. Terray, pues, tenía cualidades, y un día, en la Asamblea Constituyente, Le Brun le comparará con Sully y con Colbert; pero ¿qué ministro habría podido restablecer la hacienda del reino?

Cuando Terray entró en la Contraloría general, hizo ver al rey que el déficit previsto para el año 1770 era de sesenta y tres millones, que la deuda atrasada exigible ascendía a ciento diez millones y que, en 1779, los «anticipos» habían absorbido ciento cincuenta y tres millones; Luis XV le dejó en libertad de aplicar a la situación los remedios que juzgase necesarios.

Habíase constituido rentas vitalicias en forma de «tontinas», es decir, que a medida que fallecían los tenedores aumentaba la parte de los sobrevivientes; Terray, por decreto de 18 de enero de 1770, transformó las tontinas en simples rentas vitalicias y en lo sucesivo fué el Estado el que se benefició de las defunciones. Por otro decreto de 19 de enero, procedió a «cerceamientos» ó reducciones de las pensiones mayores de seiscientas libras, haciendo, como de costumbre, excepciones en favor de las personas influyentes; y en 19 de febrero suspendió el pago de los «libramientos» de los recaudadores generales y el de los billetes de los arrendamientos para el año corriente. Con esta última disposición dejaba sin pagar doscientos millones de efectos que, análogos a nuestros bonos del Tesoro, constituían imposiciones temporales que los capitalistas preferían a las rentas; Terray emitió un empréstito de

(t. I y II), Moreau (t. I), Regnault (t. I y II), Senac, ya citados. Terray, *Mémoires* (redactadas por Coquereau), Londres, 1776, 2 vol.

OBRAS DE CONSULTA: Biollay, Boissonnade (*Le socialisme d'Etat*), Bord, Afanassiev, Clamagerán (t. III), Bonneville de Marsangy, Flammermont (*Maupéou*), Clement (*Portraits historiques*), de Goncourt (*La du Barry*), Saint-André (*Mme. du Barry*), Jobez (t. VI), de Nolhac (*Marie-Antoinette Dauphine*), Rocquain, Sorel, ya citados. (De Monthyon), *Particularités et observations sur les ministres des finances de France les plus célèbres depuis 1660 jusqu'en 1791* (el abate Terrai), París, 1812. Dumas (F.) *La généralité de Tours au XVIII^e siècle; Administration de l'intendant du Cluzel* (1766-1783), París, 1894. Lomenie (de), *Beaumarchais et son temps*, París, 1873, 2 vol. Lintilhac, *Beaumarchais*, París, 1897. Hallays, *Beaumarchais*, en la colección «Les grands écrivains français,» París, 1897.

ciento sesenta millones y aceptó en parte, en las entregas de éste, aquellos efectos, cuyos tenedores pasaron a ser acreedores del Estado. El público protestó (1), pero a los que le censuraban porque les tomaba el dinero de sus bolsillos, contestábase el contralor general: «¿Y de dónde diablos queréis que lo tome?»

Los parlamentos pidieron a Terray que suprimiese de un golpe los «recibos de dinero contante,» es decir, las ordenanzas de gasto firmadas por el rey que no mencionaban el objeto del gasto y que debían ser aceptadas sin examen por la Cámara de las Cuentas. Suprimiendo esos «recibos» tal vez hubiera podido establecerse el equilibrio de los ingresos y los gastos; pero tanto valía reclamar la supresión del poder absoluto, puesto que con ello se habría prohibido al rey tomar a discreción dinero del Tesoro y se le habría obligado a justificar todos sus dispendios. Así es que los recibos subsistieron y Terray siguió alimentando al Estado por medio de expedientes.

En 15 de junio de 1771, un decreto del Consejo establece una reducción de un quinzavo sobre las rentas perpetuas y de un décimo sobre las vitalicias, y como los interesados dijeran que aquello era una expoliación, Terray respondió que, puesto que había bajado la cotización de las rentas, también debía bajar el interés. En febrero, marzo y septiembre decretó impuestos sobre el almidón, sobre los papeles y cartones y sobre los libros, y en noviembre prorrogó la segunda vigésima (2). En el preámbulo del edicto de noviembre hace decir al rey:

«No dudamos de que nuestros súbditos... soportarán estas cargas con el celo de que han dado pruebas en tantas ocasiones y contamos tanto más con que así sea, cuanto que el precio de los artículos, una de las causas del aumento de nuestros gastos, ha bonificado al mismo tiempo las fincas rústicas en una proporción superior a la del aumento de los impuestos.»

Por otra parte Terray quería hacer de las vigésimas un impuesto justo, y en su correspondencia con los intendentes se ve que ordenaba un reparto más equitativo, haciéndole observar cuánto había aumentado el valor de las tierras desde el establecimiento de aquéllas é indicando el medio de formar nuevos catastros y de llegar a un impuesto territorial. En la generalidad de Tours, mandó efectuar la revisión de las cuotas y cubrió los gastos de este trabajo sólo con el aumento anual de los productos. En otras partes, los resultados obtenidos fueron mucho más importantes.

Terray trató de conseguir de los arrendatarios generales condiciones más ventajosas para el Estado, prometiéndoles suprimir las *croupes* y las pensiones que sobre ellos pesaban. Las *croupes* eran las partes de beneficio que los arrendatarios aseguraban a ciertas personas, sea para obtener sus favores, sea para remunerar capitales prestados. Pero habiéndose hecho dar confidencialmente por los arrendatarios la lista de los que disfrutaban de las *croupes*, la simple lectura del documento le quitó toda esperanza de poder realizar sus ideas de reforma:

(1) La alarma era fundada, puesto que a pesar de los reembolsos efectuados por Turgot y Necker, en 1781 aún se debían ochenta millones de los doscientos que Terray se había abstenido de pagar.

(2) La segunda vigésima había sido prorrogada hasta 1772, y en 1771 lo fué hasta 1781.

el rey en persona figuraba por una cuarta parte en la empresa del arrendatario La Haye, por otra cuarta parte en la del arrendatario Saleur y por una mitad en la del arrendatario Poujaud; la Delfina participaba de los beneficios del Sr. de Borda por una cantidad de seis mil libras; la condesa de Provenza y Madamas Adelaida y Sofia de los del Sr. Chalut de Varin, por seis mil libras cada una; Madama Victoria, de las del Sr. Bertin de Blagny, por seis mil libras que había de distribuir entre varios protegidos; el Sr. de Mesjeán entregaba quince mil libras á Madama Luisa, y el Sr. de Erigny, veinte mil á la señora du Barry. El contrato de los arrendamientos se renovó en 2 de marzo de 1774, por el precio de ciento cincuenta y dos millones anuales, lo que daba al rey tres millones cuatrocientas cuarenta y dos mil novecientas diez y ocho libras más que en 1768.

Estas diversas operaciones proporcionaron, en cinco años, un recurso suplementario de ciento ochenta millones; Terray justificará ante Luis XVI el empleo de ciento cuarenta y cuatro, y en cuanto á los otros treinta y seis, presentará recibos de dinero contante.

En materia económica, Terray vaciló entre el partido de la reglamentación y el de la libertad, conservando el departamento de Comercio á Trudaine, enemigo de la reglamentación, pero manteniéndose fiel á los antiguos yerros en materia de la cuestión de los reglamentos de fábrica y de policía y también en la del comercio del trigo. En 1770, en que el trigo estaba muy caro, prohibió la exportación del mismo que había permitido L'Averdy; poco tiempo después, en 23 de diciembre, hizo publicar un decreto restableciendo la libre circulación entre las provincias; pero habiendo vuelto á encarecerse en 1771, prohibió que se le exportara al Franco-Condado, á Alsacia, al País Messin, á Lorena y á Barrois y que se dejara salir por los puertos de mar.

Como sus predecesores, creyó que, haciendo aprovisionamiento de trigo á mucha costa, influiría en el precio de las subsistencias; y aunque sólo había procedido en beneficio del público interés, fué denunciado como creador del monopolio del comercio de granos en provecho del rey. Terray hubiera querido que los intendentes hiciesen comprender á las poblaciones que el Estado no especulaba sobre la miseria, y á este fin les escribía en 28 de septiembre de 1773:

«Debo advertiros que el pueblo, los menestrales de las ciudades y hasta las personas distinguidas están imbuidas de la falsa idea de que existe una compañía encargada exclusivamente del abastecimiento del reino y del comercio de granos, y á esa compañía se la acusa de ser la causa del precio excesivo de los granos por el monopolio que ejerce. Tales opiniones, si arraigan, harían odioso al gobierno y ya sabéis que si éste ha enviado granos á las diferentes provincias ha sido para venderlos con pérdida y para alivio de los pueblos. Estáis, pues, en el deber de desengañar á los que están en el error.»

A pesar de todo, la impopularidad del contralor general era mayor cada día; se censuraban sus costumbres y se decía que tenía queridas á las que no pagaba, pero á quienes hacía realizar negocios; se le acusaba de ser aliado de Maupeou sólo por política y de esperar que éste sería derribado por d'Aiguillon y el ocuparía el ministerio de la Justicia; y se añadía que soñaba con

un capelo cardenalicio. Se le llamaba el *Niño Mimado* porque «todo lo tocaba,» y el *Gran Escobillón* porque «llegaba á todas partes,» y de él se hizo el siguiente epigrama:

«¿Quisierais ver cómo un buitre se disfraza de abate? Pues mirad bien al Gran Escobillón en casaca de iglesia. Cada día, por mil medios, esa especie de monje aumenta su patrimonio con los bienes de sus conciudadanos.»

Aunque ya era rico cuando entró en la Contraloría general, el público creyó que era allí donde se enriquecía: «Es peor —decíase— que las sanguijuelas las cuales, á lo menos, se desprenden de la piel cuando están llenas.»

En abono de Terray deben tenerse en cuenta así la imposibilidad en que se hallaba de reformar al rey, la corte, la sociedad y las costumbres, como las circunstancias generales que eran deplorables para la hacienda. La guerra turco-rusa arruinaba el comercio francés de Levante; los acontecimientos de América dificultaban las relaciones con el Nuevo Mundo, una crisis industrial hacía extragos, hasta el punto de contarse en París, en un año, dos mil quinientas quiebras, y por añadidura hubo malas cosechas. En 1773 estallaron motines en Aix, Montpellier, Tolosa, Burdeos, Limoges y en una porción de ciudades y burgos; los aldeanos afluyeron á las grandes poblaciones para mendigar, y se levantó «un clamoreo general y potente» contra Terray, pudiendo temerse por algún tiempo que estallara una revolución.

Para que nada faltase al desorden general, los ministros conspiraban unos contra otros, y de los Triunviros se decía que se entendían «como enemigos declarados.» D'Aiguillon acusaba á Maupeou de haberle secundado mal cuando el proceso y se propuso derribar á su rival destruyendo su obra, para lo cual entabló negociaciones con los Parlamentarios, especialmente con el presidente Lamoignon á quien sometió un proyecto de parlamento mixto del que Lamoignon había de ser primer presidente y en el que una parte del nuevo personal judicial sería reemplazado por antiguos magistrados. D'Aiguillon, en suma, intentaba, como en el reinado siguiente harán Maurepás y Miromesnil, formar un partido intermedio entre los Parlamentarios intratables y el partido de Maupeou.

En su lucha contra el canciller tuvo un gran auxiliar en Beaumarchais, cuando éste entró en campaña contra el parlamento. Carón de Beaumarchais, nacido en París en 1732, había ejercido primeramente el oficio de relojero, que era el de su padre; pero luego, como era buen músico, arpista y guitarrista, dió lecciones á las hijas del rey. Introducido en el gran mundo, ambicioso de riquezas y dotado de excelentes condiciones para los negocios, uniósse á París du Verney que le dió participación en sus empresas y comenzó á hacer una gran fortuna. A la muerte de du Verney, acaecida en 1770, Beaumarchais presentó al legatario universal de éste un reconocimiento de quince mil libras que era un ajuste de cuentas hecho con du Verney poco antes de morir. El legatario, Sr. de La Blache, tachó de falso el documento, y el asunto, llevado al Parlamento, fué encomendado á la ponencia de un tal Goezmán. Beaumarchais, para hacerse suyo á este magistrado, envió á su

esposa un cartucho de cien lises, un reloj de repetición y además quince lises para el secretario del juez. A pesar de todo, perdió el pleito y entonces la señora de Goezmán le devolvió los cien lises y el reloj, pero quiso quedarse con el regalo del secretario, motivando esto reclamaciones de Beaumarchais, á quien, por otra parte, Goezmán persiguió por calumnia y tentativa de corrupción.

La causa de Beaumarchais era tan mala, que no hubo abogado que quisiera defenderla, pero él la llevó ante la opinión pública por medio de escritos: una *Mémoire à consulter pour Pierre Caron de Beaumarchais, écuyer, conseiller secrétaire du Roy, et lieutenant général des chasses au bailliage et capitainerie de la Varenne du Louvre, grande Venerie et Fauconnerie de France, accusé (Memoria de consulta para Pedro Carón de Beaumarchais, escudero, consejero-secretario del Rey, y teniente general de las cazas en la bailía y capitania de la Varenne del Louvre, gran Montería y Cetrería de Francia, acusado); un Supplément au Mémoire à consulter... (Suplemento á la Memoria de consulta...) una Addition au supplément du Mémoire à consulter (Adición al suplemento de la Memoria de consulta...); una Quatrième Mémoire à consulter pour Pierre Augustin Caron de Beaumarchais... accusé de corruption de Juge, contre M. Goezman, Juge accusé de subornation et de faux; Madame Goezman, et le sieur Bertsand, accusés; les sieurs Marin, gazetier, Darnaud-Baculard, conseiller d'Ambassade (Cuarta memoria de consulta para Pedro Agustín Carón de Beaumarchais... acusado de corrupción de Juez, contra el Sr. Goezmán, Juez acusado de soborno y de falsedad; la señora de Goezmán y el Sr. Bertrand, acusados; los Sres. Marin, gacetero, Darnaud-Baculard, consejero de Embajada). Las tres primeras memorias se publicaron en 1773 y la cuarta en 1774, y en seguida Beaumarchais, que aún no había escrito más que medianas comedias (*El barbero de Sevilla*, su primer triunfo, data de 1775), se elevó á la categoría de escritor célebre. La antigua magistratura, todo lo que á ella estaba unido y el partido de Aiguillon aplaudieron extraordinariamente; y fué entonces cuando se hizo la frase: «Luis XV ha destruído el antiguo Parlamento; quince lises destruirán el nuevo.» Bien es verdad que se revelaba una nueva potencia en Beaumarchais, con su numen endiabrado, su broma mordaz, algo grosera, su elocuencia un tanto declamatoria, su talento para poner en escena y hacer hablar á personajes de manera que resultasen absolutamente ridículos. Beaumarchais fué condenado á reprobación y sus memorias laceradas y quemadas por el verdugo; pero fué el héroe del día: damas de la alta sociedad le escribieron cartas entusiastas, la gente acudió en masa á firmar las listas puestas en la puerta de su casa, el príncipe Conti le sentó á su mesa, y hasta Luis XV y la señora du Barry se divirtieron con la manera como trataba á los Goezmán.*

El descrédito de los jueces de Maupeou robusteció la situación de d'Aiguillon, quien, en febrero de 1774, hizo caer en desgracia al ministro de la Guerra, Monteynard, encargándose él de su cartera. Al frente de los dos ministerios, apoyado en el contralor general y en el ministro de Marina, á quien desprendió de Maupeou, pareció capaz de derribar al canciller; pero éste se defendía y Luis XV, que se distraía viendo la lucha de los

dos ministros, permitía las intrigas de D'Aiguillon con los Parlamentarios, pero permanecía adicto al canciller que le había librado de las insolencias de los parlamentarios. Y Maupeou habría triunfado sin duda en aquella contienda, de no haber ocurrido la muerte del rey.

IV.—La corte; la muerte del rey

Luis XV sobrevivía á tres de sus hijos, Madama Enriqueta, fallecida en 1751, Madama Luisa Isabel, la duquesa de Parma, en 1759; y el Delfín, en 1765; á su nuera, la Delfina, y á la reina que fallecieron en 1767 y 1768 respectivamente.

La sucesión al trono estaba asegurada por los tres nietos del rey: Luis el Delfín, Luis Javier, conde de Provenza, y Carlos, conde de Artois. El Delfín era honrado, sencillo, anticuado, sin gracia alguna y mediocre en todo, excepto en su pasión por la caza. La Delfina María Antonieta hubiera querido llevar una vida descuidada y alegre, algo semejante á la que llevara en otro tiempo la duquesa de Borgoña, pero se encontraba á disgusto en aquella corte en donde había personas ceremoniosas. No amaba á su esposo, «ese pobre hombre,» como le llamó un día, y en sus relaciones con el rey, aun siendo éste tan bueno como era para ella, tenía que luchar con la repugnancia y el desdén que le inspiraba la señora du Barry. Por último, su madre, la emperatriz María Teresa, dábale ciertamente sanos consejos, pero la reñía ó la hacía reñir con demasiada frecuencia por el embajador Mercy, la importunaba y exigiendo de ella que sirviese incondicionalmente á la política de la corte de Viena, corría el peligro de comprometer «á la Austriaca.» Por otra parte, la Delfina era frívola, caprichosa y aficionada á las camarillas. El conde de Provenza y el conde de Artois habíanse casado con dos hermanas, hijas del rey de Cerdeña, ambas unas medianías bajo todos conceptos y celosas de la Delfina que tanto brillaba; el conde de Provenza era inteligente, astuto é hipócrita; el conde de Artois, travieso, frívolo y amable, agradaba á la Delfina.

La familia real vivía retirada ó por lo menos figuraba en segundo término; en primer lugar brillaba junto al rey la señora du Barry, que hacía vida ostentosa y á quien el banquero de la corte, Beaujón, entregaba trescientas mil libras cada mes. Tenía una «gran librea,» escarlata y oro, y una «pequeña librea,» amarillo y plata, cocheros, picadores, postillones, palafranos, maestresalas, cocineros, mozos de retrete, suizos y jardineros; sus picadores compraban sus caballos en Inglaterra, y el pintor Vallée decoraba sus carrozas y sus sillas de manos con escenas galantes ó pastoriles. Ocupaba en palacio un departamento en el ala de la capilla y alojaba su servidumbre y sus trenes en una fonda de la calle de la Orangerie. El rey le había regalado Louveciennes, patrimonio de la corona, situado á seis pasos de Marly, y allí había hecho construir, según los planos del arquitecto Ledoux, un pabellón, cuyo vestíbulo, que servía de comedor, era una maravilla: las paredes estaban revestidas de mármol gris y cortadas por columnas corintias con capiteles de bronce dorado, y entre éstos había bajos relieves con amorillos y escudos con las armas del rey y de la favorita; estatuas de mármol esculpidas por Pajou, Lecomte y Moineau, soste-